



Sección Perspectivas (revista PH 96, febrero 2019)

Debate 12: Memoria democrática en la construcción de la historia y el patrimonio

Textos provisionales [pre-prints]

¿Qué hacemos con la División Azul? Sobre la necesidad de una memoria atenta a los detalles

Alfredo Francesch, Dpto. de Antropología Social y Cultural de la UNED

Es difícil cuantificar el número de espacios públicos que permanecen en nuestros días dedicados a honrar la memoria de la División Azul o de sus caídos. Hace casi quince años, Núñez Seixas (2005) daba una cifra bastante reducida de poblaciones –en comparación con la totalidad de los municipios españoles– que contaran con alguno de tales espacios en nuestro país (incluyendo los dedicados a Muñoz Grandes y a algunos *héroes* locales). La cifra es reducida, he dicho, pero, también, asombrosa: no creo fácil encontrar en Europa lugares dedicados a unidades de la *Wehrmacht*. Porque eso, y no otra cosa, fue la División Azul: la 250ª División, encuadrada en el Grupo de Ejércitos Norte, bajo el mando del mariscal de campo Wilhelm von Leeb, dentro del *Plan Barbarroja*.

Lo cierto es que las connotaciones que posee la División Azul no invitan a la empatía. El grito de guerra “Rusia es culpable”; la exhortación al “exterminio de Rusia”, “exigencia de la historia y del porvenir de Europa” (arenga de Serrano Súñer el 24 de junio de 1941); la uniformidad *feldgrau* del ejército de la Alemania nazi (aunque con pequeñas modificaciones); el juramento de lealtad al *Führer*, Adolf Hitler (no al *Caudillo*, Francisco Franco); su papel como coartada en la política exterior del momento, tendente a escurrir el bulto ante los socios del Eje; todos estos elementos y muchos más no pueden sino provocar molestos sentimientos. Incluso un episodio más moderno de la historia española, el intento de golpe del 23 de febrero de 1981, tiene entre sus protagonistas a dos antiguos divisionarios, el teniente general Miláns del Bosch y el general de división Armada, ambos condenados por la justicia a 30 años de reclusión. Todo esto resulta, cómo negarlo, perturbador.

La propaganda del régimen franquista, los libros, las películas de la época, han oscilado entre diversas ópticas, según autores y momentos, a la hora de presentar a la División Azul. Con todo, en mi opinión, podemos encontrar rasgos recurrentes. Presumo que un buen retrato compartido dibujaría a una multitud de millares de voluntarios, heroicos jóvenes idealistas, dispuestos a combatir hasta acabar con la tiranía soviética, dispuestos a *devolver la visita* a los rusos presentes en la Guerra Civil española. Sorprendentemente, este retrato parece haber calado con igual profundidad en la memoria democrática. Es cierto que, por medio de un sencillo reciclado, la multitud de voluntarios decididos a derribar el estado soviético pasa de estar compuesta por heroicos idealistas a estarlo por belicosos fanáticos. Pero, a mi juicio, esto no cambia sustancialmente el guión. Entonces...

Entonces tal vez sea precisamente el guión lo que deba cambiarse, tal vez sea la narrativa franquista la que debe levantar suspicacias y se deba escudriñar con más cuidado en la letra pequeña. Los pormenores del reclutamiento para la División Azul darán sentido al título de estas líneas y aclararán mis últimas afirmaciones. Son los detalles de la memoria.

En un principio, el esquema consistía en componer el cuadro de oficiales y suboficiales con militares profesionales y llenar la clase de tropa con voluntarios, principalmente falangistas. Esto hubiera dotado a la unidad de efectivos ideológicamente firmes con un personal al mando capacitado para sus misiones de combate. Pero las cosas no salieron según lo previsto. Por ejemplo, aparecieron sospechas cuando algunos oficiales se presentaron voluntarios junto a todo el personal a su mando, incluso compañías completas (REVERTE, 2012). No puede dudarse de que, en casos tan evidentes, se pusieron en práctica coacciones y presiones, que diluyen el carácter voluntario de aquellos soldados.

Fuera como fuere, el reclutamiento devino algo menos entusiasta de lo esperado. Así que hubo que rebajar las exigencias de fidelidad política. ¿Qué ofrecía la División Azul en una España paupérrima y hambrienta, como era la de 1941? De entrada, el rancho: comida. Algo nada despreciable. La extrema dureza, la crueldad y las pesadillas posteriores del Frente Ruso eran difíciles de imaginar, más cuando, en esos días, las tropas de Hitler parecían, sencillamente, invencibles. Y, por añadidura, los divisionarios recibirían doble paga: la de un soldado de la Legión española y la de un soldado de la infantería alemana. ¿Cuántos divisionarios sintieron crecer sus sentimientos antisoviéticos conforme disminuía su perspectiva de hambre y de miseria?



Otro número nada despreciable de “voluntarios” optó por la alternativa divisionaria para limpiar sus expedientes. Combatientes del bando perdedor, personas con un pasado político que dificultaba su presente hasta lo insuperable, o que querían limpiar no su pasado, sino el de sus familiares, no fueron raras. La documentación interna de la División Azul certifica la preocupación de los mandos por el número de soldados poco fiables (RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, 2009). Y, los menos fiables de todos, hubo quienes decidieron formar filas con la única intención de *pasarse* y luchar por el bando soviético: los que querían devolver la visita en el sentido más educado de la expresión. Las cifras de desertores son reducidas en el estado actual de nuestros conocimientos, pero lo destacable es que fueron, en su mayor parte, desertores *hacia delante*, no hacia la retaguardia.

Se estima que formaron en la División Azul más de 40.000 personas, sumando las que se incorporaron en su inicio y los sucesivos relevos. No es sencillo calcular cuántos de ellos tuvieron que unirse forzosamente voluntarios a sus mandos, cuántos tuvieron que unirse para lavar su pasado político o el de sus familiares, cuántos purgaron el haber combatido en España en el bando *equivocado*, cuántos lo hicieron para *pasarse* o para, escuetamente, seguir vivos. No entraré a evaluar cifras. Mas, por corta que fuera la proporción, fueron muchos. Y, por pocos que fueran, fueron demasiados.

Estas personas sufrieron una derrota detrás de otra: en un primer momento, la derrota en la Guerra Civil; la derrota de sus familiares, que ellos debían expiar; la derrota, estuvieran en el bando que estuvieran, de no poder sobrevivir en su país. Después, la derrota de unirse a una unidad de falangistas con aspiraciones a caballo entre lo mesiánico y lo imperial. Más tarde, la derrota militar de combatir junto a la Alemania nazi. Posteriormente, el que su presunta gesta fuera incómodamente ninguneada por el régimen en cuyo nombre partieron a la guerra. Ahora, hoy, la derrota de que se ignore su desventura en nombre de una memoria poco atenta a los detalles. La mala fortuna persiguió a estas personas, que nunca han estado en el lugar adecuado. Al parecer, ni siquiera hoy.

Comprendo que es inverosímil transformar el nombre de, digamos, la calle “Caídos de la División Azul” en algo así como “Integrantes de la División Azul obligados por las circunstancias y/o poco entusiastas, ideológicamente hablando”. Pero mi trabajo no es encontrar nombres adecuados para las calles. Ni siquiera lo es, creo, impugnar la maltratada biografía de nadie. Sí lo es, con certeza, solicitar que la memoria preste atención a los detalles. Por eso vindico que la División Azul no fue tan azul, tan monolíticamente azul, y por eso no puede ser condenada a un olvido igual de monolítico. Tanta derrota justificaría algún honor. Por modesto que sea.

BIBLIOGRAFÍA

- NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (2005) Los vencedores vencidos: la peculiar memoria de la División Azul, 1954-2005. Pasado y Memoria. *Revista de Historia Contemporánea*, 4, 2005, pp. 83-113
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J. L. (2009) Ni División Azul, ni División Española de Voluntarios: El personal forzado en el cuerpo expedicionario enviado por Franco a la URSS. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 31, 2009, pp. 265-296
- REVERTE, J. M. (2012) Por qué fueron a Rusia. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 34, 2012, pp. 15-29